LADISLAO GRYCH

EL ESPÍRITU DEL SEÑOR
ESTÁ SOBRE MÍ ⁽⁶⁴⁾

La Vida abre los espacios, a la vez, sigue entrando en la profundidad de nuestro ser; si bien, toca las partes más profundas y oscuras, también se despierta; no tanto desde nuestro ser, sino más bien, del Señor cada vez más afianzado, hasta que llegue a la hora del Espíritu, para poder abrirse plena; y también se abre a la Misión; entonces, será un Nuevo Tiempo.

INTRODUCCIÓN

En la medida en que asimilamos a Jesús, Él se proyecta cada vez más grande en nosotros, y la vida sigue transformándose en la suya; a la vez, nos abrimos para el Misterio del Señor; nos unimos cada vez más, a la Esencia del Señor, pues la vida parte de Ella, aún se transforma en medio de la Obra de Jesús, en un espacio cada vez más amplio, del Señor.

Lo que hizo Jesús, fue como iniciar de la Pequeña Semilla que apenas prendía en nuestra tierra, y era la tierra del Señor; Jesús nos lleva en el camino del crecimiento de la Vida, y la misma sigue transformándose; a la vez, la Tierra se purifica y enriquece para responder al Señor; es que, si hablamos de la Tierra, pensamos en nuestra vida que recibe de los Cielos. Los discípulos de Jesús fueron testigos de su Grandeza, y la percibían en la medida en que sus corazones se iban abriendo en medio de la gracia; lo que hizo Jesús en sus vidas antes del Cenáculo, fue muy grande, y aún hubo otra parte que los asombraba; pero luego viene la Última Cena, y se asombran más aún.

Esta vez, sus corazones están dispuestos a recibir aún más, abriéndose a lo que les espera, en el camino que lleva como por su cuenta; y quien lo había comenzado, es difícil que lo deje.

La Última Cena abre un nuevo espacio; si es que ellos están en la Vida de Jesús, por la apertura que les permite asimilar a Jesús, sus vidas aún se abren para el sufrimiento, en esa hora más que nunca.

A la purificación la viven aún antes del Bautismo; creo que el mismo es el signo que inicia ese camino conscientemente; es que, en todo el tiempo, Jesús se preocupa por la pureza del corazón, pues su Proyecto precisa de esas vivencias; cuando

ellos logran ser tierra pura, se les entrega, y aún desea que reciban su Vida, su Cuerpo y su Sangre, para alimentarse en su interior, con lo que es Él, para ellos.

¿Y qué va a pasar con sus vidas desde la hora del Cenáculo? Aún, se les proyecta un nuevo camino; y si lo que vivieron fue importante, ahora van a crecer más aún.

Ellos comienzan a recorrer el camino de la transformación de un modo muy profundo; llegan a vivir lo que Jesús les había enseñado, en su corazón, hasta poder verse puros de verdad. Ahora las vivencias son aún más importantes; y Jesús, luego de lavar los pies a los discípulos, se les entrega con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y su Espíritu; sus Vidas empiezan a nutrirse, al asumir a Jesús mejor que antes.

En ese contexto, Jesús vuelve a hablar; es el mismo modo, pero suena diferente y lo comprenden mejor; es porque sus corazones se abren desde la nueva vivencia, a la Grandeza de Jesús; la Unión es tan grande como jamás la habían vivido; hay una apertura hacia el Señor casi inmensa.

Si el Evangelio precisa de cierto clima para abrirse hacia el Señor, esta vez, en el Cenáculo, el clima es especial; hay un nuevo aire, una vivencia que penetra y llena; y recién ahora los discípulos comienzan a tomar la dimensión de la Obra de Jesús, a comprender por qué ha venido al mundo.

Ya permanecen en medio de la Vida de Jesús; y no hubiesen podido participar del Proyecto de los Cielos, si no estuviesen en su Vida de un modo tan íntimo, con su Vida entregada en medio de sus vidas.

Todos los acontecimientos que llevan a la muerte, son como el periodo de una nueva semilla que cae en tierra; pues, es su tiempo, y mañana se abrirá un nuevo espacio; pero por hoy, es como estar en una tierra fría, oscura, indiferente, adversa;

sin embargo, es una tierra que acoge y abre a la Vida.

¡Y qué difícil es comprender ese tiempo, en la espiritualidad, en medio del crecimiento que pasa por la muerte! Pero hay vivencias que unen lo de antes con lo que viene; es lo que siempre perdura, aún en el tiempo, cuando todos ven sólo la muerte y están convencidos de ella, de modo que pueden retirarse para volver a sus compromisos. Y luego vienen la sorpresa y el asombro.

Nos cuesta hablar de ese período de la vida, al ver el camino a la muerte y desde ella a la vida; tan sólo los que han hecho ese camino, saben hablar y tienen claridad.

Si nos cuesta ver ese camino, en fin, casi se nos hace imposible intuir el gran proyecto de la transformación, en medio de las vivencias que no cuestan, pues es difícil asumirlas; ¡y qué difícil es esperar ese tiempo, mientras la realidad nos toca, y todo pasa por nuestra vida!

Son las vivencias que vienen en medio de las crisis, cuando las vidas se quiebran, y parece que se van a cualquier lado, a cualquier decisión; mientras tanto, la Vida de Jesús se nos escapa, y casi pierde; el tiempo parece muy oscuro, mientras apenas es posible llevar alguna pequeña luz; y hasta la luz parece apagada, como perdida en medio de la oscuridad.

Quien no lo ha vivido, no puede lograr la altura de la gracia, sino sólo puede presentir algunos pedazos de la iluminación que le viene del Señor; a la vez, como estamos en la obra de Jesús, Él nos debe llevar por el camino más oscuro, entre la oscuridad del hombre y del mundo, aún, con lo que trae el enfrentamiento, el dolor, la pena, la duda, la desesperación; ¿y quién sabe aferrarse al Señor en aquella hora tan difícil?; sin embargo, hasta el Señor suple la debilidad humana.

Cuando uno está en la gran obra del Señor y camina con Él, durante mucho tiempo, aún le viene un tiempo muy oscuro; entonces, el Señor encamina nuestros pasos, nos lleva donde debemos estar; Él hace lo suyo, cuando nosotros ni siquiera sabemos respirar, aún del miedo, de la pena, del cansancio; tan sólo Él lleva nuestras vidas, pues deben aparecer casi sin saber por qué, mirando los horizontes.

La Vida de Jesús resurgirá en el mundo y en nuestras vidas, como Él la había soñado con la primera trompeta de la Resurrección; y nosotros seremos sus testigos y llevaremos el testimonio con nuestras vidas, resucitadas en este mundo.

Colonia Barón, 31 de enero de 1997.

1. ES EL ESPÍRITU EL QUE SUPERA

a. EL SEÑOR SUPERA

¿Cómo es el camino de la superación en nuestra vida?

¿Cómo el Señor sigue superándola?

Es que la vida llega a cierta realidad, en la cual es difícil ver el cambio que empezaría del Señor, quien obraría de veras; luego del tiempo de las distancias e indiferencias frente a Él, la vida se pone lejos, insensible, hasta vacía y triste.

Se nos hace difícil hablar del Señor que entra y transforma la vida, con su poder, quien salva en esas circunstancias.

La vida tiene que ver con el desgaste, con la corriente que tiende a la destrucción; es como si se quedase en medio del camino; no puede volver a lo que fue, ni intuye el Proyecto del Señor que superaría los conflictos, para incluirlos en un nuevo camino para los hombres.

Los que pregonan el gran Poder del Señor y, con frecuencia, despiertan expectativas, no siempre guardan la Vivencia en sí mismos, ni son como un Germen del Señor que obra en el mundo; es que la gracia debe pasar por sus vidas, casi en medio del silencio de una tierra fría y oscura; pero si la Vida se abre desde el Señor, se expresa con tan sólo caminar por el mundo.

Quien quiere ver la gracia del Señor de un modo apresurado, sospecho que desconoce el modo del crecimiento que viene de Él; quiere ver los frutos ya, mientras que la vida tiene su propio proceso, su propio ritmo.

No hay que apurar los pasos del Señor, ni forzarlos en la vida; si se fuerzan, algún día, se vuelven contra el hombre, como si fuese una fuerza que destruye.

Sospecho que Jesús obra en medio del gran silencio interior, pleno del Señor, de la Vida, de la Paz y del Amor; pues sabe despertar un movimiento casi silencioso; su obra se gesta como si fuese insignificante, de un modo casi no perceptible, no obstante, los que deben verla, la ven.

Algún día, pueden encontrarse con el gran crecimiento y, a lo mejor, recordarse de aquel tiempo de la primera gracia que había iniciado el gran camino.

Es más fácil hablar del espectáculo en medio del crecimiento espiritual; no obstante, es más bien, saber contemplar lo que vivimos, ver lo que los otros no ven, aún detenerse ante la vida que sigue creciendo.

Si por algunos instantes, se percibe como si fuese un golpe de la gracia, en fin, es crecer; es ver las partes del desarrollo, al enfrentar las vidas adversas y al soportar las dificultades y los contratiempos; hay que ver y aún sentir el crecimiento, para quedarnos en medio de la obra del Señor.

Hoy, vemos cada vez más, a los cristianos que van viendo el cambio en sus vidas; más bien, quiero hablar de los cambios que parecen pequeños, y no lo son, porque forjan la vida, diría cada vez más del Señor; vemos a los cristianos que se detienen frente a sus vidas, y quieren ver al Señor, quien obra en ellos.

Lo importante es descubrir al Señor en medio de nosotros. Él es la primera Semilla; y si hay otras que caen en tierra, la vivencia del Señor es tan grande que cambia el rumbo de nuestra vida.

Luego, Él nos pone para sembrar otras vivencias; pero si no prenden, nos llama a que las sembremos otra vez; así hasta el fin, hasta que prendan y crezcan; y después, vienen otras.

La Vivencia del Señor, si es que prende y nosotros, en algún

sentido, le damos importancia, nos lleva por el camino del Señor; y va a crecer según su Proyecto.

Es difícil que el hombre lleve la Vivencia para sus fines y necesidades particulares, que no tienen que ver con el Señor; pues si lo hiciese, más bien, el mismo hombre se perdería.

Es cierto que la Vivencia del Señor se encamina como por su propio sendero; la Semilla, de por sí tiene su destino, y es común que no sepamos cómo crece ni qué futuro tiene; en algún sentido, nuestra vida lo toma en cuenta, si no quiere quebrarse ni destruirse.

Un día, nos despertamos con el Señor; está en nuestra vida, casi sin saber desde cuándo ni por qué.

Quizás aún, la vivencia fue impulsada por alguien que vive profundamente la gracia del Señor.

Quizás, Él nace en nosotros, después de verlo en la vida del hermano, quien nos ayuda a despertarnos; y no sé si es para siempre, pero por un tiempo sí.

La Vivencia nos sorprende, nos inquieta; aún atrae a aquellos que no dan importancia al Señor; pues, la vida está atenta a esta clase de inquietudes; en lo más profundo de nuestro ser, se guarda la memoria de las raíces del Señor, que suele ser como quemada; no obstante, la vida desea volver para poder rehacerse en sus principios.

¡Cuánto vale la Vivencia del Señor por más que fuese por un instante!; es que la misma puede resurgir con más fuerza, con más vida.

Es difícil hablar de un Dios grande, si nuestra tierra pierde las raíces del Señor.

Entonces, hay que reconstruir todo, con mucho respeto y con mucha prudencia; es que así construía Jesús.

b. EL CRECIMIENTO Y EL ENFRENTAMIENTO

En fin, hablamos de la obra de Jesús, donde hay mucho movimiento; hay enfrentamientos, hasta cierto estado como de violencia; más bien, tenemos en cuenta toda la tarea de la destrucción y de un enfrentamiento contra la oscuridad.

La vida se pone en medio de la tormenta, como si entrase en una batalla oscura; y después de la lucha, se ven las rupturas, las fuerzas caídas, el desgaste y el dolor.

Hay que mirar la tormenta que cruza el campo, para poder ver nuestra vida y cómo está sacudida; y luego, vemos el aire renovado y sentimos la frescura, a pesar de que caminemos entre la derrota y las muertes.

En algún momento, nuestra vida se pone en medio de una tormenta, con un cielo oscuro y un viento frío.

La oscuridad que nos rodea no nos permite dar ni siquiera un paso; sin embargo, si estamos convencidos de que el Señor está en nosotros, lo nuevo podría nacer.

Las tormentas más fuertes se viven en el silencio del corazón; quizás, están lejos del mundo y de las vidas que nos rodean; y es lo que se gesta desde hace tiempo; pero hoy, se expresa como un drama.

El dramatismo exterior nos distrae y no permite ver lo que podría vivir el corazón tocado por el Señor.

No es que la vida no responda exteriormente, pero que sea una expresión de lo que pasa en el interior.

A veces, las guerras son un aviso, por lo que se despierta por dentro; o es que las guerras exteriores se acercan y entran cada vez más, en nuestro interior.

Hasta que no lleguemos a la lucha en el espíritu, no podemos hablar de la batalla vencida; pues, las guerras se alimentan en el espíritu que las sostiene; por eso, nos abren el camino hacia el espíritu, a la lucha definitiva entre el bien y el mal.

Hay imágenes en el Evangelio que hablan de la gran fuerza de Jesús que llega al corazón del hombre, sostenida en su paz, en la vida que lleva su corazón, tan hallado en el Padre. El corazón pleno del Señor, es el sostén; es pacífico, como si estuviese descansando en Él; de este modo, enfrenta las vidas con sus tormentas y si las pacifica por fuera, más aún, lo hace por dentro de sus espíritus; sin embargo, deben pasar por las tormentas hasta llegar a la guerra definitiva, si hay lo definitivo en nuestra vida.

La realidad exterior, los acontecimientos y fuerzas que nos tocan y enfrían nuestra vida, si nos movilizan, es porque el espíritu se siente débil; es lo que nos queda para enfrentar y para vencer; esos enfrentamientos nos llevan a otros niveles de las luchas aún más profundas; quien las comprende, ya es paciente, aún espera, soporta y busca la fuerza del Señor; y quien no las ve, se confunde aún más y se desgasta.

El crecimiento y el enfrentamiento en el camino, son como con la semilla que cae en tierra dura y pedregosa, o una tierra atenta a otras vidas que no tienen que ver con el destino de la vida; no obstante, en esas pequeñas luchas, antes de que la semilla muera, nos preparamos para los enfrentamientos y los nuevos crecimientos; mientras la semilla muere como una vida temprana, prepara para otra vida; de este modo, la vida sigue entrando; sospecho que eso ocurre, cuando Jesús entra en la vida.

¿Cuánto tiempo pasa, hasta que Jesús llegue con sus raíces a la profundidad del espíritu?; ¿cuánta lucha, cuánta guerra y cuántos enfrentamientos, en medio de su vida sembrada, aún cultivada, atenta para ver cada posibilidad del crecimiento, esperando un verdadero cambio que viene del Señor?
Pues a ese proceso lo recuperamos, cuando las vivencias

empiezan a tocar al espíritu, y tenemos cierta seguridad de que la vida de Jesús sigue naciendo en lo más profundo de nuestro ser; pero todo llega después de muchas luchas.

El camino del discipulado de Jesús consiste en ir llevando la Vida a la profundidad del ser humano; y mientras tanto, hay muchas realidades por resolver, durante mucho tiempo.

Jesús comienza por las heridas, toca apenas la piel de la vida; y entra cada vez más, y abre el camino hacia el espíritu, a las raíces de la vida; y siempre enfrenta en el camino lo que obstaculiza, lo que el hombre vive por dentro; es ese hombre enfermo, ciego y confundido.

Por más que Jesús se injertase en cualquier parte de nuestro ser, su fuerza debe llegar a las raíces y allí, retomar la vida, renovando a todo el ser, en el proceso que el hombre casi no comprende y si participa, el Señor ilumina sus pasos y lo sostiene; en fin, cuando el corazón llega a ser puro, toda la vida es pura; y si el corazón es libre, la Vida se expande.

c. A AFIANZAR SU OBRA

¿Cuánto tiempo necesita el Señor, hasta que se afiance en el corazón, y que la vida tenga la seguridad de que Él está aún más fuerte que todas las fuerzas del mundo?

Si es que la vida lo razona de esta manera, es difícil sentir la Vida que viene del Señor, aún contra las fuerzas del mundo; pero todo nos lleva por ese camino.

La vida es como si tuviese un instinto, una dirección que la lleva a que halle la fuerza que viene del Señor, y se afiance en Él; si bien, está hundida en el mundo, en medio de las fuerzas que casi la ahogan y la destruyen, a la vez, nace la esperanza que nos viene del Señor, cada vez más fuerte y más segura.

Veo a muchos que quieren recuperar la seguridad del Señor; no les llega fácil, pero siguen luchando; algún día, tendrán la plena seguridad puesta en Él; entonces, no les quebrará su vida, aunque estuviese en medio de la oscuridad.

Estamos en medio de las fuerzas que nos conmueven, y nos llevan por donde pueden hacerlo, como sometidos a ellas; si el mundo y las fuerzas nos llevan, toda la vida sigue casi sin poder frenar; pero es para buscar dónde aferrarnos, en ese tiempo de la desesperación, cuando la vida ya no dice nada, sino se asusta y se entrega.

En fin, la vida del Señor se hace como una Semilla. Si bien, veo la oscuridad por todas partes, la Semilla tiene su propio instinto, y está sembrada por el mismo Señor. Hay un encuentro en el espíritu, entre la vida sembrada y la que está presente del nacimiento de la vida y aún de antes; y cuando se hallan las dos, se despiertan, se reconocen, se unen; en ese espacio entra Jesús y nos despierta.

Luego, veo como la vida se abre poco a poco. Y debo verla, hasta debo vigilarla, así le acompaño. El Señor le abre el espacio en el camino que abarca cada vez más, para poder llegar a las nuevas vivencias, mientras nos enfrenta y nos vence, pues todo debe pasar por sus manos, hasta que la nueva Vida entre en todo, y lo transforme. Es grande verlo, presentirlo y acompañarle.

¡A cuántas fuerzas y oscuridades debe enfrentar la vida!
¡Cuánta paciencia frente a la resistencia, la hostilidad y la agresión, y por cuánto tiempo!
En el camino, la vida es como amasada por el Señor; y aún inicia el crecimiento desde la siembra y del espíritu. Cuando el Señor inspira un camino, hay que hacerlo; y si la vida no lo siguiese hasta el fin, habría que comenzar una

vez más, hasta que Él logre un verdadero cambio; pero, ¡cuánto tiempo y cuánta paciencia!

El Señor nos hace sentir paz; es su presencia pura.

La paz da la seguridad, frente al miedo y la soledad; es que la vida por mucho tiempo, pasa en medio de las noches.

Luego, la veo crecer; sale a la luz a pesar de sentirse débil e indefensa frente a los vientos que la hieren.

Si la vida tiene grandes destinos, tan sólo hay que esperar; y si el Señor nos ilumina, hay que protegerla más que nunca.

El Señor nos hace ver cómo la vida brota en tierra humana, que es del Señor; a la vez, vemos las vidas quebradas por aquellos que se consideran fuertes, y por nosotros mismos; son las experiencias que nos hacen esperar una vez más, sin embargo, con más precaución, porque no sabemos cuál será la otra oportunidad, si es que la tenemos.

Pues, el Señor no se cansa nunca, pero el tiempo es justo.

El clima de la paz y del amor, es necesario para la vida; y ella, los absorbe como agua y luz.

Jesús es quien los dispensa; y los recibo a cada instante.

Algún día, la vida halla las fuerzas que atraen paz y amor; es como si descubriese sus entrañas; pero lleva mucho tiempo hasta que se hagan vida, en medio de la nueva realidad del Señor en nosotros.

La paz y el amor son como el aire y el agua y la luz; no sólo la vida los necesita, sino también los espera la tierra.

Y la tierra se pone al servicio de la vida; se abre con lo que es, y entrega su fuerza entera; es pronta y generosa; es que encuentra su destino y la felicidad.

La tierra halla lo que el Señor espera de ella.

d. EL CAMINO RECORRIDO

Al camino que había hecho Jesús con sus discípulos, no es fácil de reconstruirlo; aún, está claro que tiene etapas que se suceden según el crecimiento, pero debemos ser conscientes de que la comprensión viene de la vida; quiere decir que los que la comparten con Jesús, saben hablar de Él, mientras aquellos que los escuchan, reciben según la capacidad de su corazón, si es que están abiertos para crecer.

Los discípulos, al acercarse a Jesús, lo iban encontrando en sus corazones; a la vez, descubrían a su espíritu, su Vida con el Padre.

Al principio, lo comprendían muy poco, pero hubo motivos para quedarse con Jesús; creo que hubo un presentimiento de algo muy grande, poco explicable.

Hubo un reconocimiento, hasta cierta atracción; por alguna razón, se acercaban a Él, casi sin palabra; y amaban a Jesús, quizás, sin saber por qué.

Les decía que el amor hacia Él, debía superar el sentimiento por otras vidas; ellos no lo comprendían, pero presentían que debía ser así; aún, hubo un clima que abría las vidas por lo que intuían, entregándose, a pesar de que la entrega no viene tan fácil.

En ese clima de amor, de paz, se quedan las vidas; quizás, casi muertas y desechas.

Las veo que aún no están secas ni gastadas del todo; y les llevo luz y les doy de beber, esperando.

¿Y cuánto tiempo hay que esperar?

Del principio, Jesús les hablaba del futuro; pero todo parece a las películas que miran los chicos, y viajan a la luna y aún más lejos.

¿Cómo comprender aquellas expresiones sobre el Reino, si las vidas apenas pueden caminar?
Y mientras Jesús habla, ellos apenas lo escuchan.

Como estaban con Él, se calmaban ante el dolor y el fracaso; quizás, por algunos instantes, para buscar paz; de este modo, se iban encontrando, reconciliando a la luz del Señor.
Fue el tiempo de la apertura a la Vida, en esas idas y vueltas que necesitaban, aún en medio de la corriente de la gracia que les impactaba con mucha seguridad.
Creo que para poder comprender lo que habían vivido los discípulos, habría que experimentar la presencia de Jesús; en otro caso, ¿para qué hablar?

A la primera etapa la llamaría: la purificación del corazón; es la hora de la reconciliación y de la proyección en medio de un corazón puro que lleva bondad, amor, paz y comprensión a todos los seres sin excepción.
Los discípulos van a acompañar a Jesús, cuando Él transmite su mensaje que debe llegar al mundo; a la vez, lo viven en sus corazones y se nutren de Él.

En el tiempo de la reconciliación, iban asumiendo sus vidas; es decir, lograban comprenderse con todo lo que eran; aún empezaban a comprender el pasado que fue triste, se daban cuenta de que sus vidas debían pasar por esas vivencias, por esos errores y esas culpas, pues en otro caso, quizás, no lo hubiesen encontrado a Jesús.

Todo lo que vivimos tiene su propia importancia; por alguna razón, pasan las cosas y vienen las desgracias, los fracasos; pero todo debe recuperar el sentido en un nuevo contexto de la gracia, y aún se abre ante la vida que nace.
La realidad y el pasado entran en un nuevo crecimiento, y sirven para el bien y la felicidad.

Hay que estar en el clima del Señor, para verlo, sentirlo y aún comprenderlo; y mientras tanto, la vida tiene sus regresos al dolor, a las vivencias que despiertan miedo, las que aún están como ocultas.

Es el tiempo para que rebroten, al entrar en un nuevo sentido de la vida y del crecimiento.

La Vida de Jesús sigue entrando; los discípulos la reciben, son la Presencia, Paz, Luz y Amor que llegan cada vez más; aún, hay un mensaje para el pueblo que ya está atento a ese nuevo viento de la Vida; y si es que no comprende a Jesús, lo escucha con atención.

Todos reciben; si los que están cerca, reciben más de Jesús, también recibe el pueblo, pues el Viento del Señor inicia un nuevo camino; quizás, los que escuchan a Jesús, no se dan cuenta de lo que pasa en sus corazones; es que se inician las vivencias muy grandes.

El pueblo tendrá otras oportunidades para seguir escuchando a Jesús; vendrá otra vez, y escuchará otro mensaje; pero será el mismo, apropiado para nuevas circunstancias.

La Obra de Jesús entra en el contexto de la gracia que toca los corazones como el sol y el agua; se inicia como un nuevo periodo en la Obra del Señor, que sorprende, pues las vidas están expuestas al Sol, al Señor que obra en ellas.

Si responden a su modo, no pueden decir que no lo vieron; y si lo dijieran, aún estarían mintiendo.

Cuando la vida, frente al sol, no recibe agua, se encierra aún más, se tuerce, quedándose en medio de la oscuridad; hasta el sol le ayuda a que se encierre, casi quemándola; luego la vida se muere, dejando un espacio triste.

¿Qué pensar en ella, mientras vive en el mundo?

No obstante, está en medio de un proceso donde todo tiene su propio sentido, mientras Jesús viene en un momento justo.

Los discípulos experimentan el cambio que viene de Jesús; ven cómo las vidas se hallan y reconcilian, y cómo crecen y vencen su realidad, mientras que otras se encierran, secan y endurecen; todo frente a Jesús, con tanta claridad; y ellos lo ven, lo sienten, lo sufren.

e. UNA NUEVA DIMENSIÓN

El discurso de Jesús, su oración en el Cenáculo tiene que ver con el proceso que han experimentado sus discípulos en un tiempo prolongado; aún, se percibe la gran fuerza que mana de Jesús para ellos, de un modo muy particular; es que Él les hizo compartir su Vida, y si antes iba entrando en las vidas de sus discípulos, transformándolas, ahora llega al nivel de la vida aún más sostenida, más fuerte y más segura; y Él ve todo el crecimiento y ellos también.

La Última Cena no es solamente un resumen de lo que han vivido; más bien, es una apertura hacia lo que viene; porque llega el momento cuando todas las vivencias se hacen como una apertura hacia lo nuevo que viene del Señor.

Las vidas iban cambiando, elevándose día tras día, hasta que llegasen a ese momento para abrirse; es como la flor que se abre, como se abren el día y la vida.

Siempre Jesús pensaba en la apertura del espíritu, luego de superarse, de vencer los obstáculos, de enfrentarse hasta el fin, en medio de las vivencias, mientras la Gracia se abre en nosotros, y corre la Vida como por su cuenta; no obstante, para llegar a ese límite, hay que pasar por tanta realidad, aún, vencerla; después viene lo esperado y sorprendente, a la vez, casi solo.

La Vida contiene su fuerza del Señor casi por su cuenta; no es hablar de un Jesús que está lejos o de Alguien que viene; si es que aún lo buscamos, la Vivencia de Jesús es como si se instalase para siempre, y nada la rompe ni la quiebra. En el Cenáculo, Jesús comienza a hablar de un nuevo modo, y los que están allí, lo escuchan en sus corazones; es que Él está en sus vidas.

¿Qué significa el Cuerpo y la Sangre de Jesús?

Es entrar en toda su Vida, en su Vivencia y su Misión.

Pero a la vez, el Cuerpo y la Sangre se hacen Alimento desde los cielos, en una nueva dimensión de la Vida.

De hecho, se abre la puerta hacia lo nuevo, a otra dimensión; y por más que se quedan aquí, Jesús les dice que no son de este mundo.

Deseo intuir lo que pasa en las vidas de los discípulos, cómo es lo que proyecta Jesús en ellos; pues, se trata de lo que aún nos cuesta alcanzar, estamos en medio del misterio; es que las vidas siguen superándose, y las sigue elevando el mismo Jesús; pero, ¿cómo hablarlo, y cómo vivirlo?

Si hoy, hablamos de la Eucaristía, de la Presencia de Jesús en medio de nosotros, y del Alimento que nos viene del Cielo, seguramente nos falta igual, la dimensión de las vidas que tiene que ver con la Obra de Jesús; y es la que nos espera, a la cual Jesús nos había llamado.

Lo que se refiere a la crisis, a las dudas frente al misterio de Jesús, y lo que encierra el Cenáculo, admite que nos cuesta ver la dimensión del cambio que nos ofrece Jesús, que nos lleva a un nivel de la Vida, donde no somos de este mundo, y aún vivimos en el mismo; como en el caso de Jesús que no era del mundo y vivía en la dimensión del Padre.

No obstante, las crisis y las dudas, si por un lado nos llevan a

otras crisis, a la vez, abren el espacio para una comprensión aún más grande, urgente para nuestros tiempos.

Los acontecimientos del Cenáculo se comprenden en medio de la nueva dimensión.

Entonces, hay que adquirir la nueva luz, para poder ver y comprenderlos; hay que esperar a que se abran las mentes y los corazones; en otro caso, no sabemos responder por lo que Jesús quiere que lo hagamos.

Si todo lo que hizo Jesús, fue misterioso, lo del Cenáculo es un paso más, un nuevo escalón; de este modo, Jesús sigue llevando a sus discípulos.

Una nueva dimensión del Espíritu inunda sus vidas; así se abren hacia la Vida aún más grande.

Se van a ir abriendo aún más; sus mentes y los corazones siguen creciendo en medio de la grandeza del Señor.

Pero, ¿cómo hablar de eso?; pues, el Señor nos conduce cada vez más lejos; y Él abre las Vidas.

f. UNA NUEVA CRISIS

Después del Cenáculo, diría, viene el tiempo más oscuro en la Vida de los discípulos; es tan poco comprensible para los humanos; hasta nos preguntamos: ¿cómo es posible?

Sin embargo, ¿qué podemos decir contra la realidad que nos toca?; tan sólo callarnos meditándola.

Hay varios periodos en medio de las crisis que pueden tocar al hombre, mientras crece en la gracia y aún, desciende a la profundidad de la vida.

Si bien, las crisis anteriores no fueron fáciles, esta vez, a los discípulos le toca más, le duele y asusta; pero de ese modo, el Señor obra muy profundo.

Los que viven espiritualmente, con mucha fuerza, los que se atreven a vivir muy hondo a la gracia del Señor, comprenden esas crisis, el tiempo y la profundidad de las mismas, y saben que hay que pasar todo, hasta que la vida resucite y recupere su primera fuerza, la más profunda, la que viene del Señor.

Muchos quieren hablar de la espiritualidad, sin permitirse vivir las guerras en lo más profundo de su corazón; no ven la necesidad de las luchas que los llevasen a los infiernos de su vida interior; por eso, se quedan a medias, con la realidad no resuelta, aún escondida.

¿Y qué podemos esperar de ellos?; tan sólo lo que pueden dar y lo que pueden comprender.

Pienso en aquellos hermanos que juzgan y hasta condenan; es que sería bueno para ellos, que sus vidas se enfrentasen consigo mismos, con la realidad que no asumen, con lo que esconden hasta sin saber que lo hacen, o piensan que nadie lo sabe ni lo ve; sería muy bueno para ellos, que pasasen por el infierno de su vida, por el que tienen adentro, y que nunca supieron sacarlo a la piel de su tierra.

No han aceptado la gracia que podría penetrar sus vidas, ni se han dejado conducir por Jesús, por más que Él, los llevase por un nuevo camino; es que siempre han puesto alguna barrera, algún reparo; entonces, Jesús aún se quedaba como débil, y no podía llegar a ellos.

Y son las vidas tan privilegiadas, protegidas por el Señor.

Cuando el Señor toca nuestra vida, también nos despierta los deseos e inquietudes, aún, por detrás de los miedos y de la oscuridad del corazón; toda la vida se ve sacudida en medio de un movimiento poco comprensible para nosotros; pero es necesario que sea así; pues, si no se removiese la vida, no resolviese lo suyo, y jamás llegase a lo que debiese ser.

Entonces, hay que comprender la noche que van a pasar los discípulos: la de Pedro, de Juan, de otros, la noche de Judas; es que, hasta Judas, si Jesús no lo movilizase, se quedaría en su lugar suspendido, sin poder moverse, ni atrás ni adelante; la gracia, que les toca en el Cenáculo, les abre a las vivencias que deben enfrentar; los enfrentamientos son tan necesarios.

La realidad de Judas no pasa sólo por la traición, sino más bien, porque no confía en Jesús; cuando entra en su gran crisis, Jesús ya se dirige hacia el Monte; pero Judas no sabe confiar en el amor, en el perdón; y su vida se tuerce de modo, que no vuelve a Jesús.

La vida cristiana puede estar llena de amor y de confianza, si se afianza cada día, en el seguimiento de Jesús; a la vez, está llena de sorpresas y traiciones, y del miedo, cuando se tuerce; no obstante, los momentos más difíciles, superados por la gracia, suelen abrirse hacia lo nuevo, tan grande.

Creo que, si Judas hubiese podido llegar a la Resurrección de Jesús y vivir su propio camino, al poder enfrentar la realidad con la gracia que hubiese podido recibir, él habría sido el más beneficiado, quizás, el más grande entre los discípulos; no sé por qué lo digo así, pero creo que debo decirlo.

La gracia del Señor es tan misteriosa.

Se juntan las miserias, y la gracia es más grande aún; se abre la vida en medio de la oscuridad, y la gracia es la luz.

La oscuridad más profunda es la última que se esconde; se disfraza de otras, hasta que se abra frente la luz.

Jesús lo sabe y nos lleva por el camino que recorremos.

2. LA BUENA NOTICIA A LOS POBRES

a. DESDE LOS POBRES

Es la primera impresión que nos da Jesús; desde el principio, se inclina por los pobres; los ve de lejos, cuando se acercan a Él, y sufre con ellos, en su corazón tan sensible.

Esa inclinación por los pobres es deseada por todos aquellos que están en la obra del Señor; es que, sin esa gracia, ¿qué podríamos decir de la misión de Jesús en el mundo?

La opción por los pobres podría caracterizar un cristianismo auténtico, y podría ser tan fuerte como la vida.

Se despierta en un corazón que siente; no lo necesita forzar ni lo disimula, sino que lo vivencia; aún, sería bueno analizar esa postura ante los pobres, ver cómo somos ante ellos, y cómo se abre nuestro corazón.

¿Por qué Jesús nace pobre, fuera del pueblo y de la casa?

¿Acaso, no precisaba sentir en su propia vida, el peso de las vidas abandonadas, aisladas y rechazadas, con hambre y sed, sin techo ni nada?; y si bien, el Padre lo cuida desde siempre, jamás se olvida de la misión que debe cumplir Él, el Pobre en medio de los pobres.

La vida que resurge de la pobreza, pero ya plena del Señor, comprende otras vidas, porque aún hay pobres que también carecen del Señor.

Entonces, la vida sabe sembrar la Vida del Señor, más allá de la pobreza, de las limitaciones; y sabe expandir lo del Señor, tan misterioso, tan fuerte.

Y pensar que muchas vidas, por el momento, no saben salir de su pobreza; se quedan como estancadas, parece que para siempre.

No obstante, lo que reciben, les conmueve en lo más hondo de sus corazones; es fuerte, tierno y confiable.

Me acuerdo de alguien que había llegado a la villa miseria; no fue por su voluntad; en un tiempo de pobreza, encontró un espacio para su familia, mientras luchaba, trabajaba y oraba; aún recuerdo sus rebeldías y mi impotencia, frente a alguien que llora y se pregunta.

No supe darle lo que él esperaba; no obstante, iba recibiendo la fuerza para seguir luchando; si es que la luz venía a gotas sueltas, llegaba cuando la necesitaba y él, aferrándose cada vez más, al Señor de su vida.

En un mundo donde se habla de la solidaridad, hay un lugar para todos: para aquellos que, de sus riquezas, dejan algunas migajas a los pobres casi sin vida, y para otros que sienten más y disponen más libremente de su corazón; pero más aún, para los que se conmueven y no cuentan lo que dan; a veces, quieren dar más de lo que disponen.

Es que, de veras, si uno quisiese dejarse llevar por su propio corazón, quizás llegaría a ser un pobre entre los pobres.

Se va abriendo un camino, y si se abre el corazón, llega a ser pobre, cada vez más pobre; casi no hay límites para quien quiera responder al Señor.

¿Cómo Jesús moldea el corazón para llegar a ser pobre en medio de los pobres?

Mientras tanto, lo crea rico en el espíritu, que se queda como flotando en medio de la vida, llegando más aún, a los pobres; y si bien, uno va sin nada, hacia ellos, está pleno de riqueza; entonces, ¿cómo Jesús moldea el corazón?

La misión empieza por los pobres, antes de cuestionarlos o juzgarlos; si uno los cuestionase, buscaría la justificación; y si juzgase, no tendría nada del amor de Jesús.

El amor rompe las barreras, une las distancias; sabe enfrentar la vida en las situaciones más difíciles, y abrir el camino de la gracia en medio de la pobreza más honda.

El Señor prepara mi corazón para que comprenda la misión de Jesús en el mundo; y me lleva por las realidades que debo asumir, para llegar a los más pobres, con el corazón que ama y comprende.

Mientras tanto, aún estoy en medio de mi oscuridad, a pesar de que la luz del Señor es tan grande.

b. DESDE LO OSCURO

La pobreza, en el sentido humano, no siempre nos lleva a vernos ricos espiritualmente.

Suele ser como una niebla que nos impide ver al Señor; a la vez, hace sentirnos pobres, abandonados y perdidos.

La vida es compleja y la oscuridad del corazón suele ser muy fuerte; entonces, ¿cómo enfrentar la vida, con qué luz?

La vida pobre suele ser solitaria, escondida en tierra fría.

Casi nadie la ve; y si la ve, tiene sus intereses.

La vida pobre tiene a un Dios pobre, si es que lo tiene.

Entonces, ¿cómo actuar, y cómo enfrentarla?

¿Y cómo sacarla a la luz del Señor?

La pobreza material, la gente sin trabajo, los sin techo y sin nada, apenas son algunas de tantas pobreza.

Comenzamos a caminar en medio del laberinto de las vidas, creyendo en la impotencia y la desesperación; no obstante, si el espíritu está seguro, no es un camino en vano, por más que no viese nada del cambio esperado.

Hay que encontrar el sentido de lo que pasa, hasta en medio de lo más triste y lo que desespera; es que, por alguna razón,

las vidas enfrentan lo que les toca, y deben pasarlo.

¿Hasta cuándo?; hasta que sea necesario.

Las vidas que superan la pobreza en sí mismos, ya están ante otras vidas; y a veces, tan sólo se quedan casi sin poder hacer nada; sin embargo, nada está en vano.

Hay tantos motivos, tantas causas; y si nos quedamos para buscarlas, nos afligimos más aún.

Pero todo tiene su sentido y su tiempo; sólo es que el sentido que viene del Señor es distinto, su tiempo es diferente.

No siempre necesitamos ver un cambio que esperamos según nuestro modo de pensar.

Cuando la vida halla luz en la profundidad de la pobreza del mundo, se hace como una ofrenda; entonces, se levanta un hilo del fuego a los cielos, y lleva lo del mundo hacia arriba, transformándolo, aún dándole un nuevo sentido a la realidad humana.

Entonces, la vida vive una verdadera transformación.

Luego del tiempo de las luchas, de mucha oscuridad, viene otro tiempo, mientras tenemos la posibilidad de ver como la vida se abre, hasta que logre transformarse.

¡Y qué grande es la gracia del Señor!

Ahora, comprendemos ese tiempo que nos iba llevando a los abismos de nuestro ser, mientras descendíamos en medio de nuestra pobreza, viéndola cada vez más hondamente.

Llegamos a la profundidad y nos sentimos desesperados; casi no queremos vernos, nos espantamos de nosotros mismos.

Mientras tanto, hay que vivir, luchar y sufrir la pobreza.

En la profundidad de nuestro ser, renace la luz que es toda la riqueza de nuestra vida.

Si esa luz prende desde Jesús, la vida comienza; lo que hasta

el día de hoy ha sido sólo subsistir, ya cambia.
Empieza el tiempo de la transformación; el Señor se hace la
riqueza de la vida; y ya no es una vida pobre.

Con ese espíritu, la vida se abre hacia los hermanos, frente a
sus pobrezas y las desgracias; se abre la fuerza del espíritu,
se transmite, se contagia y prende.

Es tan misterioso lo que vemos, después de tanto tiempo de
la pobreza y del dolor; tan sólo hay que caminar en medio de
la vida, contemplándola.

3. LA LIBERTAD A LOS CAUTIVOS

a. UNA VIDA CONDICIONADA

¿Cómo podría ser la verdadera libertad del hombre?

¿No sería la expresión de un espíritu que libremente se abre con lo que es, y lo que sería en lo más hondo de su ser, por la gracia que le viene del mismo Señor?

Y si fuese así, ¿cómo lograrlo?

La vida está condicionada y el espíritu, muy limitado por las fuerzas que nos llegan muy hondo; actuamos como podemos lograrlo, como nos dan las fuerzas.

La libertad lleva sus esclavitudes, se deja guiar por ellas; y si podemos optar, aún elegimos en medio de las vivencias que nos limitan.

Nos encaminamos para buscar cómo despertar al espíritu, al luchar para que se abra en lo más hondo de nuestro ser; a muchos, esa búsqueda nos va llevando la vida, en una lucha para alcanzar lo que parece no alcanzable.

No obstante, la vida sigue vigente y sigue luchando; algún día, llega y se abre como el milagro hacia una realidad noble, aún más grande.

Hasta en las expresiones de las falsas libertades, cuando la vida aún se sostiene en medio de la lucha para poder salir de las esclavitudes, hay un camino abierto hacia el corazón del hombre; y si la vida, por el momento, se abre desde lo que puede abrirse, y hasta destruye lo poco de su vida real, igual hay un camino hacia el corazón que quiere expresarse.

Mientras el corazón se abre, aparece el interior, la luz y las sombras, el bien y el mal.

Se abre el espacio para que se conmueva el agua de la vida,

la que surge casi espontáneamente; y más aún, nace el Señor; pues, Él nos hace renacer en medio de la verdadera Vida.

Los que se encuentran con Jesús y se quedan con Él, tienen la oportunidad de llegar a su propio corazón; su interior se despierta en la profundidad de su vida; es la que vivencian, es la que desea despertarse en lo profundo de sus deseos; si es que nacen cierta esperanza, también se proyecta el camino que les cuesta transitar.

Quien lo ha pasado, lo sabe; aún comprende a los hermanos que inician ese camino, y les ayuda a que lo hagan.

Es difícil ayudar a proyectar el camino de la libertad, en el corazón del hombre; si bien, es la fuerza que lo despierta y es grande, hay que llegar hasta el fin del camino, tan pleno del Señor; de otra manera, sería mejor que el corazón ni siquiera iniciase lo que está por comenzar.

Muchos aún no se atreven a hacer el camino de la vida.

Presienten la gracia que se despierta; de repente, toda la vida se abre por lo que la mueve en su interior; aún se desespera, mientras Jesús proyecta su gran presencia, en el corazón que quiere asumir su Vida.

No obstante, la lucha entre el bien y el mal, entre la opresión y la libertad, será el pan para mucho tiempo.

La libertad del espíritu, parece que renace en los abismos de la esclavitud, al recuperar su fuerza en un tiempo justo.

En un clima de amor y de paz, Jesús sigue llegando.

Es Él que calma la vida; sana las heridas y sigue llegando al corazón; aún vence lo que debe enfrentar, aún, la oscuridad y la dureza, hasta que asegure su Presencia, su Vida.

Desde allí, renace para enfrentar los vientos adversos y las tormentas, y lleva la Vida abriéndole el camino.

Si bien, antes tan sólo iba llegando, ahora sigue abriéndose

en nosotros, desde la profundidad del Señor.

Como si estuviese llegando a las profundidades, venciendo a la realidad en el camino; ahora, aún renueva la fuente y la transforma, para poder abrirse con lo que es, cada vez más.
¿Cuánto tiempo necesita para abrir mi vida?
Quizás, lo estoy viviendo en mí; no obstante, no lo sé.
¿Cuánta luz debo esperar, para que mi corazón pueda llegar al hermano, y despertarlo para el Señor?

b. EL ESPÍRITU LLEVA LA VIDA

Cuando la vida nace del espíritu, y es del Señor ya libre en el corazón, Él mismo se abre para llenar los espacios.
La vida se llena de Luz; se va transformando; se hace más vida, más plena; la inunda el Espíritu del Señor.

Como el Espíritu está sobre mi vida, aún es la hora de partir a los hermanos, para poder llevarles la gracia y la luz, para despertarlos; hay aún, como una magia en el corazón lleno del Señor; una luz que llega con mucha fuerza; es que nace la visión del cambio; creo que es la visión de un nacimiento libre, en el corazón.

En la vida de los discípulos, son las Vivencias después de la Resurrección; surgen luego del Cenáculo, de la Pasión y de la Muerte; es toda la vida para compartir.
Ahora, ellos reviven la Resurrección en sus propias vidas, a la vez, siguen abriéndose hacia el Espíritu; en algún sentido, llegan a descubrir la fuerza del Espíritu en sus vidas.

Es como si se encontrasen las dos fuerzas, la que nace del corazón tocado por Jesús, hasta que la vida logre ser plena del Señor, con la que viene como de arriba de un modo tan particular, misterioso.

Las dos fuerzas se corresponden cuando los discípulos están por recibir al Espíritu; no es tan sólo un Fuego que nace en el corazón, sino es el Fuego que viene desde arriba e inunda.

Esa experiencia es muy fuerte; por el momento, parece más para soñarla que para vivirla; no obstante, el camino se abre, creo que tanto en mí, como en otros hermanos; podría llegar a una realidad tan grande, que superaría los deseos; a la vez, podría abrirse como mucha fuerza hacia el mundo.

El cristianismo sueña cada vez más, en la fuerza que abre las vidas en el espíritu; aún sueña en las vidas promovidas por el Espíritu, de modo muy particular, desde que Jesús viene al mundo.

El cristianismo cree en un nuevo poder y se despierta; aún, hay un viento que anima a soñar.

Es un viento que llega en buena hora, si queremos creer en el cambio, en medio del mundo de tantas crisis.

Cuando la gente desconfía, y muchos se retiran de la Iglesia, se necesita de un nuevo viento que sería la esperanza para hoy, y más aún para el futuro.

Creo que la humanidad presiente ese viento.

La humanidad ya presiente ese viento que le llega.

Casi no sabe definir de dónde le viene; es como si la fuente estuviese oculta.

Es cierto, en el mundo donde se desconfía, hay un viento que viene casi sin saber de dónde; es una gracia.

Hay tantos seres que se despiertan cada día, con un nuevo pensamiento del Señor, pues un nuevo viento los lleva y una luz ilumina sus pasos.

El Señor está para que vayan abriendo los caminos.

Llega la hora para que Él se ocupe de su obra; el Señor urge.

Sigo intuyendo los caminos por donde el Señor entra en el mundo; sigo presintiendo el viento cada vez más fuerte.
Si es que está en la Iglesia, casi no sabemos de dónde viene.
Si está en el mundo, debemos estar atentos para ver a quién el Señor ilumina.
Los caminos están llenos de luz y de los llamados; el Señor sigue obrando, parece que más que nunca.
Sigo presintiendo el viento, hoy.

4. LOS CIEGOS VAN A VER

a. AL VER LA OBRA DE JESÚS

Las normas y las leyes tratan de salvar ciertos valores, más allá si el hombre lo entiende; y tratan de llevar el proyecto, a veces, hasta forzando las conductas.

No obstante, si el espíritu no mantiene fuerza en sus raíces ni actúa libremente desde la luz, toda la realidad del hombre se trastorna; así el mundo se inclina a las decadencias.

La confusión llega aún más, cuando no alcanzan las fuerzas y el espíritu ya está tan trastornado que las exigencias sólo lo perturban; y lo que antes servía para sostener la realidad, no alcanza, y el ser humano se enferma más aún.

Entonces no sabemos si exigirle o darle la libertad, a pesar de que su libertad lo lleve a la destrucción.

¿Qué hacer en este mundo, y en el mundo que viene?

La crisis en medio de las exigencias que no se sostienen en el interior del hombre, sino en la sociedad que razona, y en un espíritu muy débil que no responde a las normas, se viene como una ola que arrasa; entonces, ¿cómo responder ante las urgencias del tiempo?; hoy, casi no sabemos qué hacer, y la realidad nos urge.

Aquí, comenzamos a comprender la misión de Jesús en el mundo, que ha sido proyectada para los tiempos; resurge más aún, por la realidad que vivimos, por la problemática del hombre, por la crisis del mundo.

Su Palabra sobre la ley que habría que respetar, y sobre un nuevo espíritu que superaría las crisis, es actual; y el hombre recibe luz para comprenderla mejor.

Jesús vuelve a hablar del fariseísmo, aún ve las distorsiones;

son las leyes que el hombre llega a proyectar o interpretar según sus modos, su oscuridad y sus limitaciones.

No son las del Señor, a pesar de que el hombre lo pone como autoridad y cree que esas leyes provienen de los cielos; pero por alguna razón, hay que vivir esa realidad, para que la luz del Señor renazca nuevamente.

A la Palabra de Jesús no la asumimos fácilmente, a pesar de que Él habla con los hechos; su Palabra es fuerte, pero los que enfrentan la crisis actual, aún siguen aferrados a lo que sostiene sus vidas; y no sé si están viviendo, pero aún siguen luchando, quizás cada vez más cansados.

Es difícil prever el mundo espiritual que tiene que ver con la poda y la limpieza, aún, con el redescubrimiento de que hay ciertas leyes y ciertas normas que no van a recuperar su vida, pues están en infracción con lo más puro del Señor; es tan difícil verlo en el mundo de hoy.

El Evangelio de Jesús pasa entre muchas manos.

Hoy sufre, pues, durante mucho tiempo, en vez de buscar la luz, aún cada vez más fuerte, que nace cada día, se quiere usarlo como esas aguas que, con el correr en medio de las tierras se confunden, pierden su fuerza y hasta desaparecen; y hasta aquí, interviene el hombre que no siempre lleva la luz que le alcanzase para ver.

Lo que nosotros interpretamos como el Evangelio, va a sufrir un nuevo cuestionamiento similar al que hizo Jesús ante los fariseos; es necesario que sea así, de este modo, el mundo puede volver a lo que Jesús quiere decirnos.

No obstante, ¿cómo decirlo a los que lo deben escuchar?

El cuestionamiento siempre duele, pero más aún, sufrimos por defender la debilidad humana con sus intereses.

Quien lo hace, por más que no supiese de sus limitaciones,

no llega lejos en la búsqueda ni va a arriesgar.

Es la hora para ir cuestionando, como Jesús lo había hecho en aquel tiempo; frente a la realidad que nos toca vivir, hay que ir descubriendo a un verdadero Jesús.

Entonces, podemos soñar en el resurgimiento del espíritu, y de la Vida que debe nacer del Señor.

El Evangelio de Jesús debe recuperar su verdadera luz y su sentido real, el de Jesús; es que Él debe recuperar su Vida en el mundo.

b. AL VER EL EVANGELIO

Sin ninguna duda, el hombre ha buscado lo más prístino de Jesús; no obstante, la vida y la oscuridad lo van llevando por el camino, que no sabe salvar la Verdad.

A veces, el hombre suele transmitir sus propias cosas, hasta con cierta infracción contra el Señor y su Mensaje.

Hoy, después de muchos estudios que intentan profundizar el Mensaje de Jesús: los estudios del lenguaje, del tiempo, de las circunstancias, nos aproximamos a la plena comprensión del Evangelio que supera los tiempos, la tradición y lo que sería circunstancial; es que el Evangelio está por encima de todo, y en cada tiempo, aún podemos hallar una nueva luz para comprenderlo mejor; a la vez, hay que leerlo con un corazón abierto.

El lenguaje del Evangelio ya está a la altura del hombre que busca en la profundidad de su corazón, y se deja llevar hasta dónde su espíritu puede alcanzar, pero buscando a Jesús y la pureza del corazón.

En el corazón puro y pleno del Señor, el Mensaje de Jesús se proyecta distinto, comprensible, con más luz, hasta que logre abrirse en medio de una plena luz.

Muchas de las vivencias con Jesús, son apenas transmisibles; no es fácil expresarlo en medio de la plena vivencia; si se lo quiere hacer, el mismo lenguaje se pone misterioso, como si todo fuese dicho en un idioma casi desconocido; no obstante, hay cierta atracción por ese modo de hablar y aún hay cierto presentimiento de lo verdadero, hasta en aquellos que lo rechazan y lo niegan.

Los que escribieron el Evangelio, lo hicieron en medio de la luz, en medio de una profunda vivencia del Señor; se dejaron llevar por la gracia encontrada en cada palabra dicha. Si no la vemos, igual sigue obrando; la sentimos, mientras salvamos la sensibilidad por el Señor, y queremos abrirnos a la gracia.

La luz del Señor obra de un modo fuerte; va entrando en el mundo; seguimos abriéndonos a una nueva comprensión del Evangelio y aún más, a la Presencia de Jesús. Es una luz de siempre, pero hoy parece más clara; por alguna razón, hoy llega más aún.

Renace la luz que nos lleva hacia el seguimiento de Jesús; hay quienes quieren caminar y seguir a Él. Sus corazones se van inundando con luz; se van abriendo los caminos en medio de la oscuridad del mundo. Pues, se abre el camino de la Gran Luz.

Deseo ver en el Evangelio a toda la Sabiduría del mundo, que he buscado por todas partes. Si es que a la Sabiduría la iba encontrando por otros lados, aquí, en el Evangelio renace con más firmeza; es como si estuviese penetrando a las sabidurías, dándoles un nuevo sentido, una nueva luz aún más grande.

A esa intuición la percibimos desde todos los rincones del mundo; es el mensaje que percibimos con más claridad; es que se deben abrir las puertas de nuestros corazones, y es el mismo Señor quien las abre.

La Verdad del Evangelio aún se pone sobre el candelero del mundo; pero el candelero también pertenece al Señor.

Me detengo en mi corazón; siento que el Señor me inspira para ir recibiendo la gracia del Evangelio asumido con un corazón despierto, atento a la gracia del Señor.

Que Él haga su obra, mientras me dejo llevar por Él.

5. A PROCLAMAR EL AÑO DE GRACIA

a. EL TIEMPO DEL SEÑOR

La fuerza del Espíritu renace en el corazón.

Entonces, la vida se despierta, pues la promueve Jesús, con su Luz y con su Paz.

Se abre el camino para el Señor; la Vida se extiende y aún, sigue manteniendo su fuerza.

El tiempo de la purificación está por terminar.

Las Vidas están protegidas; están selladas las heridas para que la maldad no penetre sus vivencias.

Pero aún, hay que crecer en el Señor, en medio de su gracia.

Él es el Alimento; su Cuerpo y su Sangre penetran las Vidas que están aptas para recibirlos.

No es una tierra extraña que apenas recibe a Jesús; sino es sana, sensible para poder alimentarse.

Al recibir a Jesús, es abrirse a la plenitud, a los espacios de la Vida tan poco comprensible.

El hombre ve la gracia en la Vida de Jesús; y lo recibe en su vida.

Aún, sigo volviendo a lo que es la Eucaristía, a la manera de compartir con Jesús en el Cenáculo.

Creo que la gracia y el tiempo nos ayudan para vivirlo cada vez más hondamente; a la vez, el Señor nos urge.

La Vivencia es tan grande; y si crece ella, renace la Obra del Señor y la Misión de Jesús en nuestras vidas.

Si es cierto que los cristianos están en el camino de intuir el verdadero sentido de la Misión de Jesús, si es que buscamos la gran Luz en medio del Evangelio, y queremos encontrar el

Sendero que Él había trazado, la Última Cena nos urge; y es como si aún debiésemos esperar, para que los corazones se abran a la Grandeza del Señor; es Él, que nos prepara por los tiempos que estamos por vivir.

Las crisis de la fe, las diferencias entre los cristianos que, por su modo de vivir y de pensar, siguen quitando la fuerza y la vida, ante todo, la crisis referente a la Eucaristía, también son el Camino hacia la nueva Luz, pues el Señor prepara el mundo y a los cristianos.

Algún día, nuestros ojos verán el valor de la Eucaristía; sin esa gran Vivencia, el cristianismo se quedaría en medio del camino; ¿y qué valdría entonces?

En medio de un corazón purificado, sano, se abre el espacio para ver y escuchar a Jesús, para ver su Cuerpo, su Sangre y su Vida entregada.

Es abrirse para Jesús; que Él entre y penetre con todo lo que es Él, para el hombre y el mundo; y luego, nos proyectamos hacia la Misión.

Sigo meditando; pienso en tantos caminos que aún son poco transitados; no obstante, la dirección está trazada y viene la luz del Señor.

La gracia del Señor es muy grande, nos va llegando.

El cristianismo se abre a la Grandeza de Jesús, más que en otros tiempos.

Y pensar que esa apertura hacia Jesús, tiene que ver con las crisis y las confusiones, mientras muchos cristianos parecen perdidos y caminan por su cuenta, sin rumbo ni esperanzas; pues, cuando la Luz es muy grande, supera todo y lleva a un fin casi no esperado.

b. DESDE LA VIVENCIA

Luego de la Última Cena, se abre el Camino a la Vivencia del Señor aún más grande; Jesús entra en la Vida de un modo muy profundo y tan particular.

Ahora, las Vidas viven el Injerto, en medio del dolor y de las penas, de la oscuridad, de la luz, del abandono y del silencio.

Jesús se gesta en la Vidas; es Él de siempre, esta vez, de una manera más vital, toca al espíritu en sus raíces del Señor.

Entonces, la Vida rebrota del Señor, con todo el poder de la Vida, si es que prende definitivamente.

Es la Vida del Injerto.

Aún esperamos que prenda y soporte el sufrimiento.

Por mucho tiempo, nos fijamos en la planta y la vemos casi muerta; es que después del corte y de sellar las heridas, aún debemos esperar soñando, mandando la luz, para que la Vida reponga su fuerza y que llegue hasta las raíces.

Hay una verdadera fusión de las fuerzas en el Injerto, donde toda la Vida se pone al servicio, asistiendo para que prenda el Injerto, que también penetre a la realidad, hasta lograrlo de un modo definitivo.

Mientras hablo del Injerto y del Alimento, quiero expresar lo que puede dar mi corazón, para ir despertándome hacia la dimensión de la Vida de Jesús, en mi vida y en la del mundo; se trata de una gran vivencia que puede ir abriéndome hacia Él, aún más grande, quien obra cada vez más.

Si Él obra en mi vida, transformándola, se abrirá más aún, hacia mis hermanos.

La Misión surge desde la Vida; se abre como espontánea.

En el Cenáculo, los discípulos empiezan a presentirla mejor, la ven más claramente; aún falta que la Vida los penetre y los

transforme, pero ya ven lo que deben hacer; es que Jesús sigue prendiendo en sus vidas de un modo misterioso.

El tiempo de la distancia, de la confusión y del abandono, les sigue preparando para la Vida de Jesús resucitado; y es para Jesús y para ellos.

Los caminos no se van a separar más, al contrario, colaboran para un nuevo encuentro, en medio de la nueva Luz y de la nueva Vida; los discípulos entrarán en lo Nuevo, y lo verán; pero falta el tiempo, mientras la gracia llega más aún; y Jesús sigue obrando más que nunca, en esa hora.

Las Vidas se dispersan en el Camino que casi lleva solo; tan sólo hay que esperar, para poder vivirlo profundamente en los corazones; cuando llegue la Resurrección, ya será como el respiro de la Vida; se abre el horizonte con una luz casi no esperada.

Jesús les habla del tiempo que habría que esperar, pues es necesario para que las Vidas lleguen a dónde deben llegar; la hora es justa, luego viene el Espíritu; pero las Vidas están plenas de Él, pues están plenas de Jesús.

Llega el momento; el cielo se une con la tierra una vez más; el Espíritu obra en las Vidas desde hace tiempo, pues lleva las Vidas de Jesús a las alturas; y ahora, el Espíritu viene como de arriba, y se unen la Luz y las Vidas.

¡Qué vivencia y en qué tiempo, en nuestra vida!

Creo que el tiempo es del Señor.

Si el Espíritu está siempre, llega la hora de la Epifanía.

Cuando la tierra está preparada y la Vida ha crecido, Él llega de un nuevo modo para manifestarse plenamente, en la Vida de Jesús, en nuestra Vida y en la del mundo.

Introducción	3
1. Es el Espíritu el que supera	6
a. el Señor supera	7
b. el crecimiento y el enfrentamiento	10
c. a afianzar su obra	12
d. el camino recorrido	15
e. una nueva dimensión	18
f. una nueva crisis	20
2. La Buena Noticia a los pobres	23
a. desde los pobres	23
b. desde lo oscuro	25
3. La libertad a los cautivos	29
a. una vida condicionada	29
b. el espíritu lleva la vida	31
4. Los ciegos van a ver	35
a. al ver la obra de Jesús	35
b. al ver el Evangelio	37
5. A proclamar el año de gracia	41
a. el tiempo del Señor	41
b. desde la vivencia	43